



Accessions

115704

Shelf No.

2.158.14



BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec^d Apr. 26th 1871.

F. C. a

F. 6. a.

LA ALICIA SUAREZ

ESTADO SEÑOR DE LOS REYES

DE LOS REYES

MADRID, 1880

EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO MORALES
CALLE DE ATOCHA, 10.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL.

1900

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LA AZUCENA SILVESTRE,

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

POR

D. JOSÉ ZORRILLA.



MADRID, 1845.

—
EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,
calle de Segovia, núm. 6.

D. 158
114

LA ANGELOSA SILVESTRE

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

115704

D. JOSÉ RODRÍGUEZ

85.

MADRID, 1845.

EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,
calle de Segovia, núm. 6.

AL SEÑOR
DON ANGEL SAAVEDRA,
DUQUE DE RIVAS,
SU MEJOR AMIGO

José Lorrilla.

PRIMERA PARTE.

PRINTED BY

CAPITULO PRIMERO.

En que comienza la narracion de la presente historia.

Mas pura que la luz de blanca luna,
que en arroyuelo límpido riel,
mas hermosa que el cisne en su laguna
cuando en ella se baña, nada ó vuela;
y alegre mas que en soledad moruna
suelta y errante y tímida gacela
en gracias y virtud feliz crecia
la bellísima y cándida Maria.

Y aun no cumplidos sus catorce abriles,
 de noble stirpe y á reinar nacida ,
 agena á devaneos mugeriles
 velada por su bien, siempre servida ,
 flor era pronta á dar tallos gentiles
 á los besos del zéfiro mecida ,
 y á exhalar de su caliz aun cerrado
 delicioso perfume embalsamado.

Caia en anchas ondas de su frente
 larga madeja de flotantes rizos,
 y de inquieto mirar, mas inocente,
 dos ojos revolvía antojadizos :
 y en su blanca mejilla transparente
 centros ambos á dos de sus hechizos
 marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
 luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
 su padre el buen Wifredo, y la corona
 ceñirla aguarda de la tierra estensa
 del condado feráz de Barcelona.
 Solo en su bien y en su fortuna piensa,
 y honrada , sin rival, feliz matrona
 en tiempo incierto de la edad futura
 su ambicion paternal se la figura .

Unico amor del varonil guerrero,
 única prenda de su muerta esposa
 tiene Wifredo su cariño entero
 puesto no mas en su Maria hermosa:
 y único amor, el noble caballero
 del alma de la niña candorosa
 en una el alma de los dos se encierra,
 y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde ennoblecida
 con los laureles mil de mil campañas,
 su ciudad populosa defendida
 por su tendido mar y sus montañas,
 la mitad de los años de su vida,
 la memoria y la prez de sus hazañas
 todo lo diera el caballero noble
 por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
 riquísimo joyel de su cariño,
 manantial de su interna bienandanza,
 vuelve á su pecho el corazon de niño;
 se le roba á la guerra y la venganza,
 se le torna mas puro que el armiño
 se le lava de impulsos terrenales,
 se le innunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazon sincero
 gracias humildes al Señor, y cuenta
 por eso dia á dia el caballero,
 y su esperanza en cada uno aumenta.
 Y bendice al Señor, que lisonjero
 á su vejez el tiempo representa
 de su edad concediéndole al otoño
 tan hermoso y purisimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
 el padre tierno concebir no sabe
 á otro mortal alguno concedida
 mas sagrada mision, cargo mas grave:
 ella es para él, del cielo bendecida,
 de su dichosa eternidad la llave,
 y del futuro en perspectiva bella
 todo lo aguarda de su Dios y de ella.

Mas cuán falsas ¡ay Dios! y cuán livianas
 las cosas son de la mudable tierra.
 ¿Quién sondará las leyes soberanas
 que el misterioso porvenir encierra?
 La aura que arrastra en pós las hojas vanas
 la torre abate que al peñon se aferra,
 y las menudas ondas de los mares
 socaban las montañas seculares.

En una tarde del quemado estio
 que entolda nube negra y tenebrosa
 de su palacio en el jardin umbrio
 la niña entre los céspedes reposa.
 De casto sueño dulce desvarío
 la divierte la mente candorosa
 sonriendo al gozar su fantasía
 el purísimo labio de Maria.

La casta mano de marfil velada
 entre su espesa y negra cabellera
 bajo la sien tranquila colocada,
 y bajo seda fácil y ligera
 su modesta figura contornada,
 el pie breve no mas dejando fuera,
 parece sobre el cesped su figura
 ejemplar de bellissima escultura.

Y cuán bella y feliz es una niña,
 que con sus dichas infantiles sueña
 y sus caprichos inocente apiña
 de universo ideal soñando dueña.
 Con infantiles galas se le aliña,
 y en poblarle con fábulas se empeña,
 y le goza de fábulas henchido
 hijas de un corazon no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se via
de su sueño infantil con las visiones
de su palacio en el jardin Maria :
mientras sobre ella en densos nubarrones
el nublado apiñándose crecia
y amagaba al rasgar sus pabellones
sobre la tierra desplomar airado
todos los males de que va preñado.

Ya se sentia por su vientre oscuro
ronco el trueno rodar : ya se aspiraba
el aura ingrata del vapor impuro
que en su cargado seno fermentaba.
Y cual dragon enorme, que seguro
ala invisible en el ambiente traba
avanzaba el nublado á paso lento
cerrando en sombra la region del viento,

Viéndolo el buen Wifredo iba afanoso
por el jardin buscando su hija amada ;
mas de no amedrentarla cuidadoso
moviendo en su redor planta callada .
Ya su ojo paternal en el frondoso
cesped la vió durmiendo descuidada ,
y ya en su labio paternal bullia
el dulcísimo nombre de Maria :

Cuando hondo, ronco y repentino trueno
 el nublado al rasgar crujió estallante :
 se alzó la niña, el corazon ageno
 de aquel peligro de que está delante,
 mas al abrir los ojos fue de lleno
 á herírseles relámpago brillante,
 y exhalando agudísimo lamento
 volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos
 y alzóla en ellos el varon robusto,
 de pena el corazon roto en pedazos,
 trémulo el cuerpo al repentino susto ;
 mas ni al calor de tan amigos lazos ,
 ni á su voz que le turba pavor justo
 vuelve la pobre niña dolorida
 señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrísono aguacero
 que se desgaja ya, corre exhalado
 con su hija para él peso ligero :
 y con nerviosa fuerza á ella abrazado
 pasa el jardin, el pórtico, el crucero,
 revuelve el caracol mal alumbrado,
 y en su cámara y lecho al cabo posa
 carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron
 cuantos siervos tenia en su palacio ,
 cuantas damas en él su voz oyeron,
 cuantos curiosos admitió su espacio :
 y empíricos y sabios acudieron,
 en tomar cuyo auxilio no reacio
 Wifredo logró en lágrimas deshecho
 volver la vida á su virgíneo pecho.

¡ Ay ! dijo la doncella , y exhalando
 débil suspiro preceptible apenas
 abrió sus ojos en redor girando
 miradas ¡ ay ! al parecer serenas.
 Mas ambas manos con afan llevando
 á las pupilas de su llanto llenas
 volviolas á apartar la desdichada
 gritando con pavor—« ¡ no veo nada ! »—

¡ Hija ! (esclamó poniéndose delante
 de sus ojos Wifredo), hija del alma!
 mira, mira, yo soy ! torna el semblante
 mírame aquí ... mas con siniestra calma
 la doncella hácia él tendió anhelante
 la vista no, la descarriada palma,
 y al asirle, burlando su deseo
 repitió tristemente « nada veo. »

Volvió iracundo la ensañada mano
 el trémulo varon contra si mismo,
 los cabellos mesándose inhumano,
 y como ser en quien sopló el abismo
 espíritu infernal, matando insano
 la luz de la razon y el Cristianismo
 al cielo alzó los inflamados ojos
 torpe ó blasfemo murmurando enojos.

Mas prontó á su razon. mas sosegado
 el misero volvió, y al mismo cielo
 tornó á elevar los ojos humillado
 ambas rodillas oprimiendo el suelo.
 Breve oracion al corazon cuitado
 prestó resignacion sino consuelo,
 y con doliente voz que al alma llega
 dijo á los que le oian: *está ciega.*

¡ Ay Dios! era muy cierto:
la lumbré centellante
del fúlgido relámpago
que al despertar la hirió
de sus hermosos ojos
mató la luz radiante,
y un velo de tinieblas
ante ellos estendió.

Los sabios mas famosos
en vano convocaron:
los siervos de Mahoma,
los hijos de la Cruz,
los sabios de Judea
al fin desesperaron
de dar á sus pupilas
la apetecida luz.

Hermosa como siempre
 la cándida Maria
 fingiéndose esperanzas
 de curacion feliz
 al angustiado conde
 prestárselas queria,
 y le lograba solo
 hacer mas infeliz.

Atento y cariñoso
 con paternal anhelo
 el brazo la ofrecia
 y la guiaba el pie,
 sirviéndola de dia,
 y al piadoso cielo
 orando por la noche
 con encendida fé.

—«Que dia tan hermoso
 debe hacer hoy,»—decia
 la niña, el sol sintiendo
 sobre su blanca faz :
 Y oyéndola Wifredo
 del párpado sentia
 una abrasada lágrima
 huírsele fugaz.

Y su silencio acaso
 Maria comprendiendo
 las manos alargaba
 sus ojos á tocar,
 y en ellas de su padre
 las lágrimas sintiendo
 decia, «¿y por qué lloras?»
 y echábase á llorar.

Erraban á las veces
 en dulce compañía
 por una y otra senda
 de su feráz jardin,
 y el amoroso padre
 coronas la tejia
 de frescas siemprevivas
 y pálido jazmin.

Gozaba sus aromas
 la niña, é inocente
 cediendo á los impulsos
 de instinto femenino
 ornaba con las flores
 su candorosa frente
 mostrándose con ellas
 mas linda y mas gentil.

Y en las tranquilas noches
 del abrasado estío
 á otro viajero acaso
 volvian á escuchar,
 ya bajo el verde toldo
 del emparrado umbrío,
 ya sobre el alto muro
 que lame inquieto el mar.

¡Oh cuán sencillos tiempos!
 ¡cuán grata es su memoria!
 ¡cuán dulce y cuán sabroso
 oir en nuestra edad
 las mágicas leyendas
 de su olvidada historia,
 sus crónicas sacando
 de añeja oscuridad!

Edad por dos pasiones
 regida y dominada,
 guiada por dos astros:
 la gloria y el amor.
 La España por aquella
 de moros rescatada,
 por este la hermosura
 corona del valor.

La edad de los prodijios
 la edad de las hazañas
 sin duda fue: nosotros
 de corazon sin fé
 sus crónicas leemos
 llamándolas patrañas,
 y en ellas es dó el dedo
 del Criador se vé.

Entonces juntamente
 sin crimen invocaba
 su Dios y sus pasiones
 el rudo corazon;
 y el cielo justo á oírle
 tal vez nó se negaba
 porque mezclara rudo
 la fé con la pasión.

Entonces era el justo
 columna de justicia:
 valiente y obstinado,
 mas franco el criminal:
 y ajeno aun en su crimen
 de hipócrita malicia
 obraba malamente,
 mas confesaba el mal.

Entonces se creía :
 la religion severa
 objeto de sarcasmo
 jamás al necio fué,
 ni la mentida ciencia
 se la atrevió altanera
 de sus razones santas
 á demandar ¿por qué?

Pastor el sacerdote,
 de su rebaño en vela
 guiaba é instruía
 la ciega multitud,
 y aquella le escuchaba
 siguiendo sin cautela
 la senda señalada
 por senda de virtud.

Porque de Dios la recta
 virtud apetecida
 no está en el raciocinio,
 que está en el corazon ;
 y el que en el suyo guarda
 su fé bien defendida,
 le sobran los sentidos,
 le sobra la razon.

Por eso en la alta noche
cuando en silencio y calma
del buen Wifredo todo
yacía en derredór,
embiaba al firmamento
las cuitas de su alma
en oracion humilde
con sincero fervor.

Y oraba por su hija
mientras cercana ella
en cámara vecina
oraba al par por él,
y entrambas las plegarias
del noble y la doncella
subían á las plantas
del santo de Israel.

Como al pie del altar, del vaso de oro
de perfume oriental se exhala y sube
pura, ligera, y transparente nube
que embalsama la r gia catedral,
asi   los cielos la oracion del justo
sobre sus alas místicas se eleva
y el soplo de los  ngeles la lleva
de Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina madre del Dios hombre
al acoger benigna la plegaria
de la inocente virgen solitaria,
que invocaba su amparo en la afliccion,
al  ngel vaporoso de los sueños
la embiaba, y en sus alas vagarosas
bello tropel de imágenes dichosas
descendia   su casto corazon.

CAPITULO SEGUNDO.

De las razones que tuvieron el Conde y su hija para emprender una peregrinacion á Monserrat y lo que allí pasó.

I.

Y yendo dias y viniendo dias ,
tras dos años de angustias y de afan ,
y de buscar inútiles remedios ,
que no pudieron remediar su mal ,
en una noche del templado mayo
por la ribera del tranquilo mar
á la pálida luz de la alta luna
el conde y su hija silenciosos van.
Las ondas transparentes murmurando
se vienen á sus plantas á estrellar ,
rodando lentamente unas sobre otras
con eterna y monótona igualdad.
A lo lejos tal vez se divisaba
la blanca lona del bajel pasar .

y la cancion del pescador se oia
llevada por la brisa desigual.

A veces se elevaba en la llanura
el ronco y melancólico graznar
de las marinas aves que en la playa
buscan mansion, sustento y libertad.

¡Noche serena, deleitosa noche
á quien la puede sin dolor gozar,
melancólica noche para el triste
en cuyo pecho la afliccion está.

Tristes ideas en su mente escita
su nocturno silencio y soledad,
y aun el consuelo que le inspira junto
con la hiel del recuerdo se le da.

Y asi una noche del templado mayo
por la ribera del tranquilo mar
á la pálida luz de la alta luna

Wifredo y su hija silenciosos van.

Y acaso desde lejos percibiendo
la forma de la virgen blanquear
y las armas lucir del caballero
que la presta su apoyo paternal
creyeran que el espíritu doliente
de náufrago infeliz que espele el mar
en los brazos del angel de las aguas
encontraba el amparo celestial.

Y acaso al ver en la nocturna niebla
rodeando la lóbrega ciudad
creyeran que velándola vagaba
el espíritu de ella tutelar.

Y así sumidos en memorias tristes
la hermosa ciega y el baron feudal
iban vagando con pisada incierta
por la ribera del tendido mar ;
cuando á la tibia luz creyó el guerrero
negra figura distinguir quizá,
que á lento paso hácia los dos viniéndose
con cada paso se aclaraba mas.

Rápido impulso de temor muy vago
sintió en su pecho varonil brotar,
é incomprensible repugnancia interna
al ser que llega junto de ellos ya.

Era un anciano, cuya blanca barba
cuyo cuerpo inclinado por la edad
movia á reverencia mas que á miedo,
ministro acaso del divino altar.

Báculo tosco á caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al suelo vueltos los humildes ojos
severa muestra y penitente faz.

Padre ¿quién llega? preguntó Maria
sintiendo de aquel ser la vecindad,
cual si pavor la diera el que llegaba
no mas que por instinto natural.

—Es un anciano, contestó Wifredo.

—No sé porque desconocido afan
al sentirle probé, padre.

—Hija mia

calmate y calla, porque ante él estás.

—«Dios vele sobre ti, noble Wifredo,»
dijo llegando con humilde voz
el viejo anacoreta. El os ampare,
el conde cortesmente replicó.
Y trabando de aqui plática entrambos
siguieron luego ya su vez los dos.
y de este modo con sonrisa dulce
el anciano estrangero la empezó.
¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio?

WIFREDO.

El aura por gozar de la estacion.

EL ANCIANO:

El aura de la mar es insalubre
para su mal.

WIFREDO.

¿Sabéisle?

EL ANCIANO.

¿Y cómo no?

La fama de esa inmensa desventura
la España entera recorrió veloz.

WIFREDO.

¡Ay de mi! y cuán en balde! En toda ella
remedio nadie á mi pesar halló.

EL ANCIANO.

Las yerbas de la tierra y sus virtudes
secas Wifredo é impotentes son
cuando en el mismo mal compadecido
su dedo paternal no pone Dios.

WIFREDO.

Noches y dias con fervor le ruego.

EL ANCIANO.

Busca quien goce su feliz favor.

WIFREDO.

Vos anciano tal vez...

EL ANCIANO.

Tente, insensato:
para tanto intentar ¿qué puedo yo
pecador miserable? Hay en la tierra
otros mas justos que lo harán mejor.

WIFREDO.

¡Ah por Dios esplicaos!

EL ANCIANO.

Los peñascos
de Monserrate en su áspero fragor
la luz esconden que sus rayos toma
en las pupilas del potente Dios.

WIFREDO.

¿En Monserrate?

EL ANCIANO.

Si, Dios manifiesta
el poder de una santa intercesion
con divinos portentos cada dia.
Lleva pues á la hija de tu amor
si la quieres sanar á Monserrate:
y en la grieta mas honda de un peñon,
que en las nubes esconde su alta cresta
el justo habita y con el justo Dios.

Y así diciendo el misterioso anciano
 sus pasos adelante enderezó,
 de la esperanza el bálsamo vertiendo
 de María en el limpio corazón.
 ¿Do vais? dijo atajándole Wifredo
 en mi palacio reposad señor,
 y admitid á lo menos hospedaje
 por esta noche.

—Es lejos donde voy,
 las horas de la noche son muy breves
 y todas me hacen falta, replicó
 siguiendo su camino el extranjero,
 todavía insistiendo el buen baron,
 «mis gentes, mis caballos, todo es vuestro»
 le dijo: y el anciano en ronca voz:
 «Basta, repuso, límites no tiene
 Wifredo para mí la creación.
 Y la raza del hombre toda entera
 no podrá nunca lo que puedo yo.»
 Y así diciendo, como arista leve
 que arrebatada del suelo el águila
 una sonora ráfaga pasando
 al monje entre sus ondas arrastró.

Tembló María al percibir su rastro,
 arrodillóse atónito el baron,
 y de ir á Monserrate voto hicieron
 á vista del prodigio ambos á dos.

Cual marinero errante, que perdido
su soberbio bajel, contra las olas
lucha á los restos del bajel asido
cercana viendo la ribera ya :
cual golondrina errante que los mares
cruza estraviada y la cansada pluma
agita conociendo los lugares
donde á anidar acostumbrada está ;

Cual cierva que en la fuerza del estio
sedienta vaga por el bosque espeso
y el agua oyendo del cercano rio
hácia él se lanza cuando el agua vé :
asi impaciente la infeliz María
en alas del deseo y la esperanza
llegar á Monserrate apetecia
con inspirada y religiosa fé.

Wifredo al par con la esperanza misma
 el sol de la partida apresuraba.
 y con la misma fé ver esperaba,
 la omnipotencia santa del señor.
 Inmensa suma de regalos y oro
 y comitiva inmensa prevenia
 y un santuario fundar se proponia
 y hacer del penitente un fundador.

«En medio de las peñas solitarias
 »monasterio suntuoso se levante
 »memoria eterna que el prodigio cante
 »señal eterna del favor de Dios.
 »Bajo sus anchas bóvedas, eternos
 »himnos de gracias al Señor resuenen,
 »y sus campanas el desierto atruenen
 »del alma al cielo remontando en pos.»

Así exclamaba el piadoso Conde
 de su fé en el fervor
 con tamaños intentos emprendiendo
 su peregrinacion.

Del fresco mayo en la postrer mañana
al despuntar el sol
con su hija y comitiva numerosa
de la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba
su inmensa poblacion,
todos rogando por la hermosa niña
á la piedad de Dios.

Y así de Monserrate enderezaron
al aspero fragor,
y en la distancia del camino largo
la comitiva santa se sumió.

Aun se alcanzaba de las altas torres
como leve pavor
el polvo espeso que sus pies alzaban,
peró tambien al fin se disipó.

A Monserrate van. ¿Pero quien sabe
lo que les guarda en su honda soledad
el que posee del corazon la llave,
el que puede medir la eternidad?
Sí, Dios es Dios: y Dios tan solo puede
romper el velo á la futura edad,
solo á sus ojos el destino cede;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

II.

Entre los rudos peñascos
que por la estension desierta
de Monserrate, en las nubes
esconden sus altas crestas;
entre los cóncavos huecos
de sus oscuras cavernas,
guarida oculta y salvaje
de reptiles y de fieras:
en medio de aquellos valles
dó en lagos el sol fermenta
los vapores que son nubes
empezando en leve niebla:
allí donde humanas voces
á los ecos no despiertan,
ni el humo de los hogares

en espirales se eleva,
 de un gigantesco peñasco
 en la socavada grieta
 pasa sus días un hombre
 en áspera penitencia.
 Rústico sayo le viste,
 é insípidas le alimentan
 agua de un arroyo manso,
 raíces de cruda yerba :
 y á su escondida morada
 diez años há que no llegan
 mas que las águilas que hacen
 su nido en aquellas peñas.
 Una de techo le sirve,
 y audaz la naturaleza
 por un capricho inclinándola
 la colocó de manera
 que el corazon mas valiente
 temblara entrar bajo de ella,
 por miedo de que al hundirse
 su sepultura no fuera.
 Tosca cabaña de troncos
 espinos y ramas secas
 construyó alli el heremita
 por su morada elijiéndola,
 y alli los días y noches
 en soledad y abstinencia
 pasando, el cielo conquista
 y en paz á la muerte espera.
 Y ni el alma de aquel justo

rumor mundano atormenta
 con sus pasiones mezquinas
 de vanidad y de tierra,
 ni su alma en sus devociones
 sumida, jámas recuerda
 los humanos devaneos,
 ni las delicias terrenas.

En todo cuanto sus ojos
 en torno suyo contemplan
 á Dios solamente mira,
 á Dios nada mas encuentra.
 Las florecillas silvestres
 que escasas tal vez vejetan,
 los arbustillos que exhalan
 campesino olor, la tierra
 que da al gusano guarida
 y sustento á aves y á fieras,
 los mil vistosos insectos
 que por la atmósfera vuelan
 al sol tendiendo sus alas
 que sus rayos transparentan,
 todo, todo de su Dios
 el poder le manifiesta,
 y él le conoce y le adora
 en sus obras mas pequeñas.

Así pasa Juan Guarino
 su virtuosa existencia
 siendo del cielo delicia

y haciendo al infierno guerra.

Y aunque en el uno fiado

tal vez al otro desprecia

Satán que es muy poderoso

fieros combates le apresta.

Y aunque con astucia inutil

de continuo le guerrea

y con oracion y lágrimas

Juan de continuo le ahuyenta,

es mucho lo que le irrita

su virtud y penitencia

para que Satán el campo

de la tentacion le ceda.

Angel que bebió algun dia

del manantial de la ciencia

con que el Hacedor Supremo

cuanto es y será penetra

del corazon de los hombres

conoce bien la flaqueza

y por su entrada mas débil

sus tiros sagaz asesta.

Contrario irreconciliable

del Dios cuya omnipotencia

conoce, hollado y vencido

por su poderosa diestra,

ya que contra el mismo Dios

volverse otra vez no pueda

en buscar imperfecciones

sobre sus obras se empeña.

Y de sus manos el hombre

siendo la obra mas perfecta
de su despecho á la saña
es la obra mas espuesta.

Y « ¡mío el es mundo! » esclama
viendo la locura ciega
con que al pecado los hombres
desbocados se despeñan.

Mas cuando en medio su turba
un justo á encontrar acierta
por derribar á aquel justo
olvida su raza entera.

Y ¡ay si á impulso de su astucia
ó de su malicia inmensa
logra engañarle ó vencerle,
que tras la culpa primera
tal vez le arrastra al abismo
y á Dios insulta y blasfema.

Y asi de aquellos peñascos
entre las cóncavas grietas
entre consuelos y lágrimas
que Dios y Satán le aprestan,
pasa el justo Juan Guarino
su virtuosa existencia,
siendo del cielo delicia
y haciendo al infierno guerra.

De las agudas montañas
tras de las enhiestas lomas
una alborada de junio
rayaba apenas la aurora.
Ya el sol á través brillaba
de nubes de azul y rosa
con que al salir , los espacios
del horizonte se alfombran;
ya los purpúreos destellos
de su lumbre creadora
reflejaban del rocío
en las cristalinas gotas
y en las aguas del arroyo
y en las relucientes rocas
cuya superficie pulen
los vientos que las azotan ;

y á su influencia se vian
de las quebradas recónditas
elevarse transparentes
nieblecillas vaporosas ,
y al reflejo de la lumbre
que desde lo alto las dora
tomaban ricos cambiantes
y tintas encantadoras :
ya de sus lóbregas grutas
á las escondidas bocas
los reptiles asomaban
á ver su luz bienhechora ,
y abajo en el valle oscuro
las avecillas canoras
himnos cantaban al alba
despertando bulliciosas :
cuando saliendo Guarino
á la entrada de su choza
y de rodillas poniéndose
al Dios que amanece adora.
Mas con harto asombro suyo
rompiendo la pura atmósfera
á sus oídos llegaron
voces de humanas personas.
Tendió la vista á la falda
de las empinadas rocas
y de gran tropel de gente
las vió rodeadas todas.
Todos los ojos se tienden
hácia él, todas las bocas

le llaman, todas las manos
suplicantes se le tornan.
Delante de aquella turba
por una senda tortuosa
conduciendo un cortesano
á una niña encantadora
subia á espacio acercándose
á su cabaña. Medrosa
el alma de Juan Guarino
juzgando farsa ilusoria
de tentacion infernal
cuanto ve sobre las rocas
siguió orando de rodillas
como quien sabe que logra
vencer la oracion constante
las tentaciones diabólicas.
Y en el espacio los ojos
que le nublan ardorosas
dos lágrimas penitentes
en su devocion se arroba,
sin que de la gente el ruido
que ya de cerca le acosa
su pensamiento distraiga,
turbe su oracion devota.
Virtud que solo concede
de Dios la misericordia
á quien en él cree de veras,
á quien de veras le invoca.
Ante esta virtud sublime,
ante esta fé religiosa

postraos enmudecidas
 mundanas pasiones locas.
 ; Callad y desvaneceos
 necias y mundanas glorias
 que el nombre de inspiraciones
 os apropiáis mentirosas!
 Inspiracion del que canta
 torpes y profanas trovas:
 inspiracion del que pinta
 desnudez escandalosa:
 inspiracion del que á mármoles
 dá provocativas formas,
 á esta inspiracion postraos
 que es mas santa que vosotras!
DIOS ES EL GENIO: él inflama
 su inspiracion vigorosa
 en las almas que con ella
 á altas hazañas se arrojan.
DIOS ES EL GENIO: y donde él
 no enciende su luz radiosa
 ni hay inspiracion ni hay genio,
 no hay mas que miseria y sombras.
 Y esta inspiracion divina
 es la que Guarino goza
 cuando Maria y Wifredo
 ante él humilde se postran.
 Y de este célico arrobo
 es del que Guarino torna
 cuando estas palabras oye
 del conde de Barcelona.

—«Hombre santo, en quien habita
 el espíritu sublime
 del Dios cuyo aliento solo
 alimenta cuanto existe,
 mira á tus plantas y duélante
 dos seres á quien aflige
 pena por el cielo impuesta
 en su juicio incomprensible.
 Relámpago repentino
 cerró las puertas sutiles
 del ver á los claros ojos
 de esta doncella; y humildes
 á suplicarte venimos
 que otra vez los ilumines,
 y del Dios en quien creemos
 la grandeza patentizes.

JUAN GUARINO.

¡Apartaos, tentadores!
 ¡vagos fantasmas, huidme!
 Dios su poder no demuestra
 por instrumentos tan viles.
 Dios es grande, sí, muy grande
 mas prodijios tan insignes
 no ha de fiar á mis manos
 hechas de tierra y de crimen.

Dejadme, apartad.

WIFREDO.

En vano
vuestra humildad se resiste,
la voz del cielo á estas peñas
milagrosa nos dirige.

GUARINO.

¡Señor, si me da el orgullo
esta tentacion horrible,
si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
ó dadme fuerza Señor
y fé para resistirle,
ó mostrad vuestro poder,
y que el soberbio se humille.

Así exclamó el penitente
y á la doncella la voz
dirigiendo dijo:—«Eleva
»mujer, en nombre de Dios,
»al firmamento los ojos
»y alúmbretelos el sol.»
Y obedeciendo Maria
miró á los cielos y vió.

Postrose el conde de hinojos
adorando al Criador:
la comitiva asombrada
por tierra se prosternó,
y elevando Juan Guarino
al cielo su corazon
las manos al sol tendidas
un punto en silencio oró.

Gozaba absorta Maria
de la luz el resplandor
por todas partes mirando
con grata enajenacion,
y pasaban sus miradas
en escrutinio veloz
de una peña en otra peña,
de una flor en otra flor,
recordando con delicia
las ideas que guardó
de su ceguera en las sombras
de la luz y del color.
Lanzó el infierno un gemido
de despecho y confusion
contra Guarino aprestando
todo entero su furor.
Y el justo que interiormente

el ataque presintió,
 preparose á resistir
 su mas fuerte tentacion.
 Y comenzando avisado
 por el contrario mayor
 vuelto á Wifredo y su gente
 de esta forma les habló!

Ya Dios de remediaros fué servido:
 de vuestra alma adoradle en lo profundo,
 y apartaos de mí, que con el mundo
 no puedo nada de comun tener.
 Mis votos escucharos me prohiben,
 y está robando á Dios vuestra presencia
 el tiempo de oracion y penitencia
 de que mi salvacion ha menester.

Asi habló el justo y acojerse quiso
 al fondo de su gruta retirada,
 cuando Maria le atajó postrada
 cayendo ante sus pies hablando asi.
 »La luz de Dios por mis cegados ojos
 »entró en mi pecho, y á su luz divina
 »la niebla del futuro se ilumina
 »y leo lo que guarda para mí.

» Las inmensas riquezas de mi padre
 » me elevarán un santo monasterio
 » en medio del silencio y el misterio
 » de esta estensa y desierta soledad.
 » Yo eternamente en su recinto sacro
 » alabaré de Dios la omnipotencia;
 » y en él ha de acabarse mi existencia
 » y ha de empezarse en él mi eternidad.

» De esta montaña en cuya escelsa cumbre
 » volví á gozar la luz del mediodia
 » no bajaré ya mas; la planta mia
 » otra tierra á pisar no volverá.»
 Tembló al oir el penitente austero
 tan gran resolucion, al punto mismo
 el lazo viendo que el contrario abismo
 tendiendo astuto á su virtud está.

Presentose á su mente la grandeza
 de su alta santidad; mundano orgullo
 brotando cual vapor en su cabeza
 descendió á oscurecer su corazon,
 y un momento en la duda vacilando
 de la afanosa é interior pelea
 calló, temiendo que vencida sea
 la recta fé por mundanal razon.

A Maria con lágrimas Wifredo
postrose á suplicar, pero fué en vano:
ella le dijo «no, padre: no puedo
á la voz de los cielos resistir.»
Tornó el padre á insistir y á negarse ella,
la religion y el mundo largo trecho
combatiendo de entrambos en el pecho...
pero tuvóse el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
de la desierta montaña
cabe la de Juan Guarino
otra rústica barraca,
y el conde y los suyos yéndose
á la ciudad mas cercana
en la soledad dejaron
á la doncella con lágrimas.
Wifredo desde aquel punto
las órdenes necesarias
para alzar el monasterio
espidió por la comarca.
Cundió por ella el prodijio
y á Barcelona llevándola
la fama, la celebraron
con fiestas y luminarias.

CAPITULO TERCERO.

Que trata de un misterio que se aclara mas adelante y en oportuno lugar.

I.

En tanto allá en las alturas
de las peñas solitarias
el ermitaño y Maria
al cielo en union alaban.
Y la doncella de hinojos
ante la imagen sagrada
de la Madre del Dios niño
las horas orando pasa,
y el eremita en su choza
con toda la fé de su alma
dando por tales favores
á Dios acciones de gracias.

Era del día siguiente
la hora apenas del alba
cuando el penitente austero
salía de su cabaña.
Ya en el césped de la roca
de hinojos Maria estaba
bendiciendo al Dios que alumbra
la luz que el oriente baña.
Y suelto el cabello rizo
por la mal cubierta espalda,
cuyas hebras de azabache
mece revoltosa el aura,
al cielo alzados los ojos
ambas las manos cruzadas
sobre el pecho, y el semblante
alumbrado por la blanca
luz de una aurora de junio
que entre nubes de oro radia,
parecia la doncella
imágen leve y fantástica,
que crea el sueño de un niño
sin comprenderla ni amarla.
Los ojos de Juan Guarino
la vieron, y contemplándola
quedaron por un instante
con indecisas miradas.

Pidíole al verle la niña
 su bendición, y él al dársela
 sobre la hermosa cabeza
 tendió las enjutas palmas.
 Orad, la dijo, y velad
 porque muy rudas batallas
 que sostengáis será fuerza
 contra Satán... y apenada
 repuso ella; padre mio,
 Dios por vuestros labios habla
 sin duda, y en vuestro pecho
 su fuerza depositada
 tiene; guiadme, instruidme,
 y si batallas me aguardan
 enseñadme á resistirlas,
 acostumbradme á afrontarlas.
 —Sí haré, mi deber es este,
 y si en mí el Señor derrama
 su luz, y su omnipotencia
 su fé en mi pecho no apaga,
 sobre el ángel de tinieblas
 ha de apoyarse tu planta.

Y así diciendo Guarino
 de la doncella se aparta
 perdiéndose de las peñas
 entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos
de mil sensaciones varias
su espíritu atormentado
por el monte caminaba;
Y apoyándose de un pino
en una nudosa rama
por el desierto callado
el buen penitente avanza.
¡Penoso es, duro, terrible
el viaje que hacer nos manda
la justicia del Señor
cuando á la tierra nos lanza!
Terribles son en el mundo
las tentaciones mundanas,
y allí en contra de los hombres
mucho Satanás trabaja.

Pero, ¡ con cuánta mas furia
 su infernal poder desata
 contra el alma que del mundo
 en el desierto se guarda!

Todo le desencadena,
 toda su astucia nefanda
 contra la virtud del justo
 empeña por derrocarla.

Traidores lazos le tiende,
 viles amaños le frágua,
 de varias formas se viste,
 de varios modos le asalta.

Dios le dejó gran poder
 é infinita perspicacia,
 y el espíritu satánico
 aborrece nuestra raza.

¡Ay de aquel cuyos sentidos
 tan alerta no se hallan
 que con alguna quimera
 el espíritu le engaña!

Tiéndale el Señor su mano
 porque si el Señor le falta
 será su virtud despojo
 de la diabólica audacia.

La punta de alto peñon
 el eremita doblaba
 que de un abismo á la boca

sobresalía inclinada,
 cuando al apoyar el pié
 sobre la vereda escasa
 faltóle un punto la tierra.
 Las manos estendió rápidas,
 mas lejos de todo apoyo
 ya el cuerpo se despeñaba,
 cuando sintió que le asía
 con ayuda inesperada
 una mano vigorosa
 que á la muerte le robaba.
 Fijó los pies en seguro,
 y volviendo la faz pálida
 vio á otro severo ermitaño
 que á tenerse le ayudaba.
 Hizosele á Juan Guarino
 allí su presencia estraña,
 mas dióle sinceramente
 (después de á los cielos) gracias.
 Y entendiendo la estrañeza
 que Juan Guarino mostraba,
 entabló de esta manera
 el otro ermitaño plática.
 Veo que mi presencia en estos sitios
 os estraña, ¡oh Guarino!

GUARINO.

Sí en verdad:
 diez años ha que los habito, y solo

en ellos siempre me creí.

ERMITAÑO.

Ya va
mas de un invierno que sus rudas peñas
á mí tambien habitacion me dan.

GUARINO.

Nunca os he visto, ni noticia tuve
santo eremita, de fortuna tal.

ERMITAÑO.

Algo lejos de aqui me hice una choza
y de ella salgo rara vez.

GUARINO.

¿Quizá
sitio buscais mejor?

ERMITAÑO.

No; vengo á veros,
que la fama hasta alli me fué á llevar
la nueva del prodigio que habeis hecho,
y venero tan grande santidad.

GUARINO.

Dios fue servido á mis mortales manos
por un momento su poder prestar.

ERMITAÑO.

Y yo vengo á adorarle en sus prodijios.
¿La feliz criatura donde está!

GUARINO.

En esas rocas su morada ha puesto
do quiere un monasterio edificar.

ERMITAÑO.

¿Y así la abandonais?

GUARINO.

Dios es muy grande,
mas débil es mi corazón mortal:
me alejo del peligro.

ERMITAÑO.

Juan Guarino,
injuria á Dios tan ruin debilidad.

Quien muestra en vos su grande omnipotencia
¿su auxilio en el combate os negará?

Por vos estos desiertos, lo preveo,
de austeros monjes á poblarse van
flores fragantes que del mundo impuro
van el árido campo á embalsamar.

Por vos Guarino sus ejemplos santos
muchas almas al cielo volverán
muchos impios sus contritos ojos
al piadoso cielo han de elevar.

¿Y por no arrostrar vos peligro escaso
de que os guarda vuestra alta santidad
vais á dejar que la mujer voluble,
ceda inesperta al tentador Satán?

Si él la recuerda la mundana pompa
todo el terreno bien que deja allá
acaso sus designios olvidando
á ese mundo otra vez quiera tornar.

Y entonces ¡ay! en vez de monasterios,
en vez de monjes que á morar vendrán
sus claustros y estas rocás, en su seno
lloraremos nosotros nada mas,
estériles palmeras infecundas,
que ni sombra ni flor podremos dar.

Así hablaba el anciano y sus palabras,
con respeto y dolor oía Juan,
y le daba en el fondo de su pecho
la razón imposible de negar.

Batallaba la suya acongojada
suspensa entre el peligro y la verdad
sin acertar á sacudir su espíritu
el peso enorme de tan hondo afán.

«Volved á vuestra gruta, le decía,
el venerable viejo, id, y soplad
el fuego santo que la enciende el alma
y á su alma débil fortaleza á dar.

¿Qué puede la hermosura, ¡oh Juan Guarino!
atractivos tener á ojos que están
á contemplar de Dios acostumbrados
la hermosura y la lumbre celestial?

Id y venceos : conquistad del todo
para el cielo de Dios su alma inmortal,
y si á la vuestra Satanás se acerca
como quien sois con su poder lidiad.
Ese es vuestro deber.

GUARINO.

Yo lo conozco,
santo ermitaño, y mi debèr real
veo que Dios para intimarme os manda
y obedezco su voz.

ERMITAÑO.

Aun haré mas:
pondré bajo esta peña mi cabaña,
á mi choza venid en vuestro afan,
y de la loca tentacion el peso
dividiremos ambos por mitad.

Postrose ante sus plantas Juan Guarino
y sintiendo sus fuerzas aumentar
á la voz del anciano venerable
cedió humilde á su justa voluntad.
Quedó el viejo en el borde de la sima
viéndole hácia su gruta caminar
su figura elevándose sombría
encima del peñasco colosal.

Es un anciano, cuya blanca barba
cuyo cuerpo encorvado por la edad
á reverencia mueve mas que á miedo,
ministro acaso del divino altar.

Báculo tosco á caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al valle vueltos los sombríos ojos
severa muestra y penitente faz.

Pero la negra sombra que proyecta
sobre la roca cuando el sol le da
mancha siniestra en el peñon dibuja
de contornos horrendos de mirar.

Sombra que vida en su interior parece
tener... ilusion óptica quizás.

Al fin tras el peñon desapareciendo
volvió todo al silencio y soledad.

II.

A mas de la mitad de su carrera
ya en el cóncavo azul llegaba el sol
cuando á los pies del venerable anciano
prosternado con honda confusion
escuchaba Guarino, él conminándole
de esta manera con airada voz :

¡Miserable de tí! tu infando crimen
del mundo nos vá á hacer la execracion
siendo por tí el escándalo del mundo
y objetos de la cólera de Dios.

Esa muger al acusarte, entera
traerá la raza humana en derredor
á maldecir la hipócrita malicia
que encerraba tu torpe corazon.

El prodijio real que por tus manos
 piadoso Dios y omnipotente obró
 á diabólica mágia atribuido
 será sin duda, sí. Mira el baldon
 con que cubres ¡infame! estos desiertos
 santuarios otro tiempo del Señor.
 ¡Ay! ay de mí! exclamaba Juan Guarino
 con eco del mas íntimo dolor,
 todo el infierno á castigarme es poco
 á lavarme de crimen tan atroz.
 —Pues piensa, le decia el otro anciano,
 piensa en el modo que podrá mejor
 ocultar á los ojos de la tierra
 ejemplo de tan vil profanacion,
 al menos porque en todos no recaiga
 la pena que uno solo mereció.
 —¿Y eso me aconsejais? ¿Y es este el modo
 de ayudarme á arrostrar la tentacion?
 —¿Y qué puede tenerte miserable,
 en la senda del mal y del error?
 cubre al menos tu crimen en la sombra
 del misterio, y al menos desde hoy
 evita de tu crimen el escándalo
 pecado que maldice el Salvador.
 Tal vez el vulgo crédulo engañado
 por tu virtud hipócrita anterior
 en un milagro más creyendo estúpido
 te tribute mayor veneracion.
 Borra astuto su rastro de la tierra
 engaña al universo por tu honor,

y piensa bien que volverá su gente
mañana y urge que lo enmiendes hoy.

Y así diciendo el eremita anciano,
de hinojos en las peñas se postró,
abismado dejando á Juan Guarino
en horrenda y febril meditacion.
Veíase que dentro de su pecho
empeñada traían con furor
espantosa batalla sus pasiones
desgarrando su triste corazón.
Y en el borde sentado del peñasco
fijo, inmoble, en silencio... ¡ Daba horror
contemplar su semblante contraído,
de sus hondos tormentos espresion!
Así Guarino batallando á solas
dos largas horas de pesar pasó,
y dos horas el monje venerable
sin entibiar un punto su oracion.
Al fin Guarino cual preñada nube
que arrebatada en sus alas el turbion
con raudo paso y con temblor convulso
del anciano en silencio se apartó.
Dejó aquel su postura penitente
sus miradas de Juan tendiendo en pos,
vaga sonrisa contrayendo el labio,
sus ojos infernal satisfaccion.

Ya á Guarino perdido entre las peñas
no se alcanzaba á ver, mas él siguió
cual si á través del monte le alcanzara
mirándole con íntima atencion.

En ella unos minutos pasó el monje:
de ellos al cabo á parecer volvió.
Guarino descompuesto y alterado
diciendo al monje con horrenda voz
»viejo, todo está hecho; no habrá escándalo:
¡maldito el dia que nacer me vió!»

Ronca, histérica, horrible soltó entonces
el monje repentina carcajada,
que de Juan en el ánima espantada
como afilado acero penetró.

Volvió la vista atónita hácia el sitio
do vió al volver al eremita santo,
y su vista y su sangre heló de espanto
lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesca satánica figura
de inmensas alas que ante el sol tendia

y el resplandor del sol oscurecía
 sus fieros ojos en su faz clavó.
 Sobre el monstruoso labio le mostraba
 sonrisa de desprecio triunfadora
 y con solemne voz aterradora
 en sarcástico tono así le habló:

«¿Quién trajo esa mujer á este desierto?
 »¿Quién de sus ojos apagó la lumbre?
 »¿Quién á par con la inmensa muchedumbre
 »el milagro de Dios reconoció?
 »¿Quién encendió un volcan en tus entrañas
 »de furiosa y carnal concupiscencia?
 »¿Quién diez años de llanto y penitencia
 »inutiliza en un instante? Yo.»

Dijo Satán: y las enormes alas
 en la nublada atmósfera tendiendo
 por el espacio se perdió diciendo:
 ¡maldito el día que nacer te vió!
 Y los cóncavos ecos de las peñas
 al bronco son de su garganta heridos
 repitieron su voz estremecidos,
 y estremecido el monte vaciló.

Quedóse el penitente
al borde de la roca
sentado, sin aliento,
sin voz, ni voluntad,
sumidó en la amargura:
y por su mente loca
rodaban las ideas
en ronca tempestad.

Confuso torbellino
de espíritus impuros
escucha imperceptibles
zumbar en torno de él;
sus labios se resisten
á preces y conjuros,
y el aire que respira
le amarga cómo hiel.

«¡Diez años de virtudes
 »de austera penitencia,
 »diez años de esperanzas
 »de lágrimas y afán
 »perdidos en un punto!
 »Cedió mi resistencia
 »á la tenaz astucia
 »del tentador Satan!

«¡He cometido un crimen
 »horrendo, abominable!
 »un crimen que no tiene
 »disculpa ni perdon...
 »¡Soy presa del infierno!»
 decía el miserable
 mirando hácia el abismo
 con bárbara intencion.

«Dios es muy compasivo,»
 decía su conciencia,
 «mi culpa es infinita,»
 decía su razon:
 y entre la muerte facil
 que tiene en su presencia,
 y el arrepentimiento
 vacila el corazon.

CAPITULO CUARTO.

Donde verá el lector un capricho que tuvo el autor al escribir la presente leyenda.

¡Ay triste del viagero , que pierde su camino
por el espeso bosque donde estraviado fué!
¡Ay triste del que el cielo de su feliz destino
con negros nubarrones encapotarse vé!
¡Ay triste del que siente que airado torbellino
la lámpara le apaga de su dudosa fé!
Y ¡ay triste del que sufre cual sufre Juan Guarino
tribulaciones tales de la montaña al pie!

El dia entretanto pasando declina
cercano al dudoso crepúsculo ya:

con rayos postreros el sol ilumina
la faz de Guarino , que inmóvil está.

Cualquiera que dè lejos le mirara
tan inmoble yacer sobre el peñon,
por efíjie sin vida le tomara ,
por sueño vano, ó ideal vision.

El, sus ojos sombríos errantes
fijos tiene en ocaso, sin ver
los destellos del sol fulgurantes,
que se va el horizonte á sorber.

Y la pena de su alma
embrutece su razon ,
y en siniestra y fria calma
paraliza el corazon.

Cual suele tras sombrío
espeso nubarron
brotar en el estío
mefítico vapor ,
que deja nuestro espíritu
sin fuerza ni vigor;
cual pesadilla odiosa ,
que en sueños nos acosa
girando en fatigosa
perpétua confusion ,

sin que podamos débiles
calmar su agitacion :

Tal su ánimo al peso
de crimen secreto
prensado y sujeto
con miedo se vé,
y á impulso de asombro
que infúndele pánico
el soplo satánico
ni espera ni cree.

Y solo y sombrío,
inmóvil callado,
al borde sentado
del peñon está,
la sima profunda
mirando indeciso,
por sino preciso
teniéndola ya.
Y en tanto que siente
pesada la vida,
y al ánima olvida
y al cielo quizá,

Sepultando
su áurea lumbré
tras la cumbre
el sol va,

sus postreros
resplandores
tembladores
dando ya.

Sobre el cárdeno
horizonte
á que el monte
pone fin,
se despide
de la tierra
que há en la sierra
su confin.

Y se mira
la ancha hoguera
de su esfera
vacilar:
mas radiantes
y mas bellos
sus destellos
al finar.

Y sus rayos
por las crestas
de las cuevas
al tender,
del prado hacen

por la alfombra
su ancha sombra
negrecer.

Rojas nubes
le coronan,
que amontonan
en redór
los vapores,
que pasando
va creando
su calor.

Y sus pliegues,
mas espesos
y mas gruesos
cada vez,
entoldando
en masa densa
van su inmensa
brillantéz.

Poco á poco
su cerrado
y agrupado
nubarron,
en su centro
da al sol puro
un oscuro

pabellon.
 Poco á poco
 descolora
 y devora
 su arrebol,
 y así el día
 roba al orbe
 cuando sorbe
 todo el sol.

Queda envuelto
 de este punto
 todo junto
 en luz igual.
 Y en el cárdeno
 horizonte
 sobre el monte
 cardinal,

Girón rojo
 desgarrado
 del cerrado
 pabellon,
 queda suelta
 nube roja
 que acongoja
 al corazon.

Banda torba,
 que tendida

por la corva
 loma hendida
 de las peñas
 va rasando
 por las breñas
 de la cumbre,
 y apagando
 las centellas
 de la lumbre
 que dá el sol.

Lienzo rojo
 que demuestra
 de alto enojo
 la siniestra
 señal santa:
 y en pós suya
 se adelanta
 y en pós suya
 se levanta;
 con él viene,
 con él jira
 cuando nace,
 cuando espira:
 con él hace
 su camino
 matutino
 ó vespertino
 de él perpétuo
 girasol.

Nube hermosa
 que se inclina
 la colina
 á trasponer,
 circundando
 su camino
 purpurino
 rosiclér.

Nube errante
 pasajera
 vagarosa
 dó contempla
 Juan Guarino
 el destino
 que le espera.
 Que espirante
 congojosa
 é indecisa
 á su labio
 la sonrisa
 postrimera
 le arrancó;
 y el agravio
 á su Dios hecho
 en el fondo de su pecho
 con su luz iluminó.

Luz postrera
 de esperanza ,
 que ir lijera

Juan alcanza
desde el monte,
su alma agena
no de pena
mas de fé.

De la cresta
de la roca
mas enhiesta
puesto al pie,
contemplando
cual con blando
movimiento
surca el viento
se le vé:
mientras rota
informe, vaga,
su derrota
vá acortando
pié tras pié.

Palidece,
se enrarece,
se consume,
desparece...
Ya se sume
ya se fué.

Y noche
sombria

tras día
fugaz
aleja
su alma
de calma
y soláz.

Y feas,
y varias,
contrarias
ideas
están
su mento
quemando,
doblando
su afán.

Y el cielo,
y el suelo
velando
se vá:
la noche
se cierra;
la tierra
pavura
de oscura
le dá.

Y en tanto
que acude
al llanto
quizá,

cuanto
existe
niebla
triste
puebla
ya.

Las sombras
mas densas
y estensas
dó quier,
sus velos
desplegan
y ciegan
el ver.

Y la tierra
toda inunda
la profunda
lobreguez;

montes, valles
y collados
sepultados
á su vez.

Espesas nubes
que apiña el viento
al firmamento
robando van
su luna pálida;
las luces bellas
de sus estrellas
muertas estan.

Y en vez de los ojos
sirviendo el oído
ya solo es el ruido
quien guía los pies,
al alma infundiendo
sus vagos rumores
extraños temores
de mundo que no és.

Y se oye por las peñas
 sonar en las montañas
 de fieras y alimañas
 los pasos ó la voz,
 mostrando en sus sonidos
 sus cóncavos gruñidos,
 sus ásperos graznidos
 ya agudos y ya graves
 las fieras y las aves
 su natural feróz.

Y á cada ténue lamento,
 á cada salvaje son
 de ave ó fiera, de agua ó viento
 se estremece el corazon.
 ¿Y quién podrá en tal momento
 dar del desierto razon?

¿Quién puede los pasos seguir de Guarino
 por medio tan denso nocturno vapor?
 ¡Quizá entre las peñas perdido el camino
 sepulcro escondido le dió su fragor!
 Porque ¿quién los senos abrir del destino
 podrá, ni del crimen medir el horror?

¡Lenta, amarga, terrible es la agonía
que su remordimiento al hombre dá!
Quizá á Guarino al despuntar el día
sentado en el peñon le encontrará
de sí mismo espantado todavía,
muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
monte, llano, rio, desierto y ciudad
en lóbrega noche, do quiera dormido
cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
resuena por los senos de las montañas ya.
Y solo tal vez se oye el susurrar del viento
ó el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día
y la rosada lumbre de la aurora
tornó á ahuyentar la umbria
nocturna oscuridad: encantadora
con nueva juventud, con nueva vida,
tornó naturaleza
á mostrarse de nuevo enriquecida
con doblada belleza.

Y el día entraba apenas, cuando á lento
cansado caminar, por la aspereza
subia la montaña

Wifredo, y de Maria á la cabaña
llamó llegando con pausado acento.
Mas nadie dentro respondió: Maria
ausente estaba de ella.

Llamó á la de Guarino
mas ¡ay! estaba sola como aquella.

Siguió el conde á la altura
 subiendo. Desde allí se descubria
 gran trecho de montaña y de llanura,
 mas no alcanzó á Guarino, ni á Maria.
 A voces los llamó, mas á sus voces
 respondieron no mas ecos lejanos,
 cuyos sonos livianos
 se llevaron las ráfagas veloces.
 A su gente llamó desesperado,
 corrió el pueblo exhalado:
 sus siervos, sus vasallos, sus amigos
 por do quiera los montes recorrieron:
 en lo espeso del monte se metieron,
 pero en vano en los montes se cansaron;
 ¡ay! con el rastro de ninguno dieron.
 Presa el conde de amargo sentimiento
 y de fiebre ardorosa
 cercano de su muerte vió el momento,
 y á manos de su horrenda desventura
 lleváronle á su corte populosa
 su enfermedad rayando en la locura.
 Y el vulgo maldiciente
 se perdió de una en otra conjetura
 haciendo cada uno mas oscura
 la historia y la razon de este accidente,
 y cada uno á su antojo
 á Dios ó á Satanás atribuyendo
 la oculta causa del suceso horrendo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

;

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

Señor de la corte y de la ciudad

SEGUNDA PARTE.

STATE OF NEW YORK

CAPITULO QUINTO.

De la extraordinaria alimaña que los monteros del conde de Barcelona cazaron en las peñas de Monserrate.

Un dia y otro dia
de púrpura y de grana
entre vistosos grupos
de nubes y arrebol
igual, indiferente
nacer cada mañana
para el alegre vemos
y para el triste al sol.

Antorcha, que ilumina
la creacion entera
en torno de ella vueltas
infatigable dá,
mas cuanto con su lumbre
fecunda en la postrera
tornándolo en estéril
en la siguiente va.

El cubre los vallados
de flores y verdura:
él hace escaso arroyo
lo que ancho rio fué:
él dá á los secos árboles
fructífera espesura:
él cria el gusanillo,
que les corróe el pié.

Y al que hoy dejó llorando
en abandono y duelo,
mañana encuentra alegre
y venturoso ya:
y al que dejó olvidado
en su placer del cielo
mañana vé que hundido
en el dolor está.

Las unas tras los otros,
 los días y las horas
 del mísero Vifredo
 pasando van así:
 las últimas acaso
 de calma precursoras,
 que el bien ni el mal eternos
 jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra
 por diferentes modos
 concluye todo luego,
 varia sin cesar,
 y al cabo en nuestros males
 nos consolamos todos
 de lo que ya ha pasado
 con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,
 y con la edad se fueron
 si bien de sus pesares
 los torcedores nó,
 los males que al sepulcro
 cercano le pusieron
 y aun sus recuerdos casi
 el tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda enteras
 el alma de Vifredo
 las lúgubres memorias
 de su pasado mal,
 no vienen como un día
 ministros de ira y miedo
 á perturbar sus sueños
 en círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
 con lágrimas ardientes,
 que abrasan sus mejillas
 la prenda que perdió:
 cesaron sus extremos
 esfuerzos impotentes
 en pós de lo que airado
 su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
 tenaz melancolia
 le prensa el amoroso
 paterno corazon:
 mas grata si mas triste
 le aduerme cada día,
 memoria, no esperanza,
 recuerdo, no ilusion.

Y así la vida pasa
pácífica y tranquila
en medio de su pueblo
que idolatrando en él
á distraer sus penas
en derredor apila
atenta á su consuelo
su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
en danzas y cantares
los senos del palacio
llenando sin cesar,
de su señor ahuyentan
los íntimos pesares,
que solo puede el tiempo
rodando consolar.

Con corazón sencillo
leales los pecheros
sus brazos y sus tierras
le vienen á ofrecer:
y estrañas fieras y aves
le cazan sus monteros
que de lejanas tierras
le vienen á traer.

De su señor amigos
los graves cortesanos
ancianos peregrinos
le salen á buscar,
que el ócio y el fastidio
del corazon tiranos
con májicas leyendas
le vengán á ahuyentar:

Y así la vida pasa
pacífica y tranquila
en medio de su pueblo
que idolatrando en él
para atenuar sus penas
en su redór apila
atenta á su consuelo
la muchedumbre fiel.

Y un día que en sus memorias
el buen conde adormecido
yacía en silencio hundido
en un cómodo sillón,
contemplando vagamente
en la inmensa chimenea
la llamarada que humea
con el húmedo tizon;

Vino á distraer su oído
hiriéndole de repente
confuso rumor de gente
de su casa en lo interior,
y confusión y tumulto
y pasos y gritería,
que se iba acercando oía
por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
y á aquel son extraño atento
la puerta del aposento
abriendo, al dintel salió
deteniéndose asombrado
al ver que sus corredores
gente en tropel, con clamores
tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
los artesanos y arqueros,
los nobles y los pecheros,
en revuelto pelotón
avanzaban lentamente
por sus estancias adentro,
fija la vista en el centro
de la inmensa reunión.

¡Qué es esto? exclamó Vifredo
un paso á ellos avanzando.
¡Quién entra aquí así turbando
la quietud de mi mansion?
Hablad: ¿qué sucede ahora?
¿Hay en el puerto enemigos?
¿ó es vuestra turba traidora
una osada rebelión?

¡Vive Dios! ea, esplicaos.
A cuyas voces airadas
quedaron paralizadas
las voces, quietos los pies.
Y el Conde viendo que nadie
contestaba, de un montero
asiendo que iba el primero
le dijo: esplicate pues.

Señor, dijo este turbado
la rodilla hincando en tierra:
no es movimiento de guerra
lo que veis, no es rebelion:
es que en Monserrat cazamos
tres dias há una alimaña,
que creimos por lo estraña
digna de vuestra atencion.

Miradla. Y así diciendo,
la multitud dividiendo,
ante los ojos del Conde
la alimaña presentó.
Y en redor de ella y Vifredo
circulo estenso formando
la alimaña contemplando
la muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos
 una bestia mas estraña,
 ni en los ámbitos de España
 la halló hombre alguno jamás,
 ni de su forma recuerdo
 guardó nadie en su memoria,
 ni de ella en escrita historia
 habló algun sábio quizás.

Era del jerbo y del mono
 término, ó compuesto acaso:
 del jerbo tenía el paso
 del mono la formacion.
 La mirada melancólica
 su interior pena esprimia,
 y sus miembros encubria
 largo y espeso vellon.

Ni mostraba á los amagos
 ruda y salvaje fiereza,
 ni á los hombres estrañeza
 ni á las caricias placer.
 Mas de pavor con extremos
 constantemente esquivaba
 su mano, si la llegaba
 á halagarle una muger.

Absorto miraba el Conde
 aquel sér desconocido
 dentro la jaula encogido
 insensible al parecer ;
 y por mas que le miraba
 y por mas que discurria
 la raza desconocía
 más de que pudo nacer.

—

Mandó luego á sus monteros
 que en su salon le pusieran
 y alli libertad le dieran
 para ver su condicion :
 pero la bestia su jaula
 no abandonó un solo instante,
 permaneciendo constante
 en la misma posicion.

CAPITULO SESTO.

De la estraña metamórfosis del enjaulado mónstruo.

Y fue por la ciudad de boca en boca
la relacion cundiendo
de aquel mónstruo cazado en una roca;
y asi se fue estendiendo
por Cataluña entera,
relato estraño haciendo,
quitando y añadiendo
del caso cada cual á su manera.

Y de todo el condado
 por ver el mónstruo á la ciudad venia
 el pueblo apresurado;
 y el Conde permitia
 que el palacio invadiera,
 y el mónstruo contemplara,
 y su curiosidad satisfaciera.
 Llegaba, le veia,
 se admiraba en silencio
 el vulgo: se salia
 y á su hogar se volvia
 ó absorto, ó satisfecho,
 y contaba despues á sus vecinos
 lo que en la capital habia hecho,
 jurando que era el mónstruo
 de los mas peregrinos.
 El buen Conde entre tanto
 conservaba al tal mónstruo en su aposento,
 y á su tranquila condicion atento,
 la jaula noche y dia
 abierta le tenia:
 pero jamás el mónstruo la dejaba,
 aunque claro Wifredo conocia
 que cuando él de su cuarto se ausentaba
 de su jaula salia,
 y por el cuarto en derredor andaba.
 Consideraba el Conde
 cada vez con mas duda y estrañeza
 su incógnita para él naturaleza.
 Su forma casi humana,

su sobriedad extrema y mansedumbre,
 la adquirida costumbre
 de estar al parecer de buena gana
 en su jaula metido
 y acurrucado siempre y encogido:
 su inteligencia rara
 y la espresion de su velluda cara;
 sus manos y sus pies á los del hombre
 semejantes, traian confundido
 al Conde, que de el sér desconocido
 no podia marcar raza ni nombre.
 Ni caricias y halagos,
 ni castigos y amagos
 pudieron arrancar de su garganta
 ni en su exterior marcaron
 un gesto de amenaza ni un gemido.
 Los criados tal vez le maltrataron,
 y los perros de caza
 que alguna vez á donde estaba entraron
 con ademan furioso
 á la jaula llegaron.
 El empero, ni hostil, ni temeroso
 se mostró: indiferente
 sufría y silencioso
 tranquila y mansamente.—
 Poco á poco esta calma
 y estraordinaria abnegacion hicieron
 de Wifredo en el alma
 incomprensible sensacion, y al cabo
 de curiosa estrañeza

pasó á ser compasion; hizola luego
 costumbre la continua compañía,
 y al cabo la costumbre
 pasó á ser aficion, luego cariño;
 y vino al fin un dia,
 en que el Conde pensó con pesadumbre
 que apartarse tal vez fuerza seria.
 La monstruosa alimaña
 por su parte tambien mostraba al Conde
 una aficion estraña.
 Sumisa á sus antojos
 admitia contenta sus caricias,
 y á veces notó el Conde
 lágrimas desprendidas de sus ojos.
 Mostraba claramente su alegria
 cuando el Conde hácia ella se llegaba,
 y tristeza en sus ojos se veía
 si de ella se apartaba;
 y cuando el Conde hablaba
 como si le entendiera le atendia.
 Mil veces la memoria
 de la hija que perdió tan tristemente
 le asaltaba la mente;
 y el amoroso corazon transido
 con el pesar de tan amarga historia
 ponía al Conde mústio y abatido,
 y lloraba á sus solas tristemente.
 Contemplábale el mónstruo de hito en hito
 y lloraba tambien, y su semblante
 mústio bañaba en espresion doliente.

Muchas veces delante
de sus nobles amigos
de su desdicha y su dolor testigos
recordaba aquella hija malhadada,
encanto de su vida,
por él tan ciegamente idolatrada
y á su paterno corazon perdida.
El mónstruo entonces trémulo, encogido
en medrosa postura
y en el hueco mas lóbrego escondido
de su jaula, mostraba una amargura
que natural hubiera parecido
en otro ser que comprender pudiera
del paterno dolor la causa entera.
Y en aquellos momentos,
su dolor espresando
con sonos guturales
semejaban su voz y sus lamentos
ayes de una persona que llorando,
las palabras ahogando
exhalara suspiros, naturales
en quien está su angustia sofocando.
Esta rara tristeza,
que afinidad secreta y misteriosa
con la tristeza paternal tenia
entre el Conde y el mónstruo, facil cosa
de entender es, que entre ambos
vino al fin á doblar la simpatia.
Y acostumbrado el Conde
de la sumisa fiera

á la salvaje sociedad, tenia
entre los animales destinados
á su servicio ó diversion el puesto
é importancia primera.

Y por temor que alguno la ofendiera
los lebreles estaban atrahillados,
los neblíes yalcones enjaulados.

Y de aquesta manera,
su casa y su condado manteniendo
en paz con sus cuidados,
iban dias y meses trascurriendo.



Una mañana fresca y luminosa
del florecido mayo
en que el sol de su luz en cada rayo
un hilo vibra de color de rosa,
y el trecho que su luz abarca y ciñe,
de este color purísimo se tiñe
en una galeria
que da al jardin de su palacio, y tiene
para él una escalera, y comunica
del Conde con el gótico aposento
en un hondo sillon arrellanado,
el buen Conde Wifredo
goza el ambiente puro y perfumado,
tranquila el alma y el semblante ledó.

Las hojas de los árboles frutales
 olean susurrando los botones
 do las flores tempranas
 señalan el lugar en que mas tarde
 brotarán odoríferas manzanas,
 rojas cerezas y ácidos limones.
 Y al manso soplo de la errante brisa
 tomando movimiento
 sobre los tallos las abiertas flores,
 embalsaman el aura, y el aliento
 que Wifredo respira
 se inunda en salutíferos olores.
 Los nuevos ruiseñores
 generacion de aquella primavera
 sus alas y sus picos ensayando
 le regalan la vista y el oído
 tímido vuelo alzando
 en derredor del nido,
 y en la garganta armónica probando
 el canto no aprendido.
 Las leves mariposas
 sus alas de colores
 estremecen vagando entre las flores;
 y las pardas abejas codiciosas
 el nectar de sus cálices livando
 vuelan en torno de ellas susurrando.
 Mil insectos distintos,
 mil diversos reptiles
 conforme cada cual á sus instintos
 llenan auras y céspedes á miles :

y el agua que se escapa
 del estanque horadado
 en transparentes hilos
 y en gotas cristalinas
 los pies fecunda de frondosos tilos.
 Lilas blancas y rosas purpurinas
 que orlando los linderos
 de los anchos senderos
 en cauces desiguales
 con las fuentes vecinas
 van á mezclar sus líquidos cristales.
 Y á esta del mundo incógnita armonía
 y vida universal y movimiento
 el Conde en el sillón en que yacía
 allá en su puro corazón sentía
 nueva vida bullir y nuevo aliento.
 Y en dulces esperanzas divertido,
 del porvenir oscuro en las regiones,
 tenía el pensamiento entretenido
 en pòs de mil quiméricas visiones;
 é iba de ellas en pòs tan abstraído
 que ni aun sintió á sus pajes,
 que llegando uno á uno
 su servicio á ofrecerle, uno tras otro
 en silencio quedaron,
 y á distraerle sin osar ninguno
 detrás de su sillón se colocaron.
 Sus miradas tendían
 la dirección buscando
 que las miradas del señor seguían,

y en las ramas y flores se perdian,
 objeto alli de admiracion no hallando.
 ¡Ay triste del que necio sus miradas
 por un jardin en primavera estiende,
 y que sea á otros ojos
 de admiracion objeto no comprende!
 En tal instante, el Conde rodeado
 de sus callados pajes, y tendido
 sobre su ancho sillón : junto á la puerta
 del corredor traído
 el monstruo acurrucado
 en su jaula entreabierta,
 apareció por el jardín viniendo
 á su señor la joven jardinera,
 un ramo hermoso á su señor trayendo
 de las primeras flores
 que hizo dar al jardín la primavera.
 En casilla apartada
 y en una punta del jardín alzada
 á aquella jardinera daba el Conde
 con su esposo morada.
 Rústico el jardinero inteligente
 cultivaba el jardín , eternamente
 asido de la azada,
 del hacha y de la corva podadera ,
 dejando á su muger mas despejada
 de los demas negocios encargada.
 Ella pues aunque pobre y campesina
 cuando moza soltera,
 dulcificó sus rústicos modales ,

y era lo cortesana
 que pudo ser jamás una villana.
 Agradecida á su señor, y atenta
 á mantenerse de él siempre en la gracia
 su obligacion tenia en mucha cuenta.
 Y los primeros frutos
 y las primeras flores
 á su señor venian en tributos,
 ya en primorosos ramos y hacecillos,
 ya en pintados y frescos canastillos;
 y en dulce paz y en íntima armonia
 esta pareja así feliz vivia,
 y á sombra del palacio
 ornaba mas y mas y enriquecia
 del jardin el espacio,
 donde á par de las plantas de cultivo
 su rubia prole sin afan crecia
 en sus dos revoltosos muchachuelos
 de su madre á la par retrato vivo.
 De ellos con uno en brazos,
 que apenas meses seis aun no cumplia,
 la jardinera al corredor subia,
 tendiendo él sus rosadas manecitas
 á las flores del grueso ramillete,
 y ella sonriendo
 «míralas qué bonitas»
 junto al rostro al ponérselas diciendo.
 Contemplábala el Conde complacido
 llegar á él con el infante en brazos
 y el ramo de sus manos admitido

tendió los suyos al hermoso niño
con espresion de cándido cariño.
Mas el alegre infante
sin fijar en el Conde su mirada
tornó atento el semblante
á la fiera en su jaula acurrucada.
Dormia el monstruo al parecer , sumido
en su quietud estúpida,
y el niño le miraba distraido
sin que de la afanosa jardinera
ni del risueño Conde á los halagos
el parvulillo su atencion volviera.
A la tenacidad de esta mirada
en el monstruo clavada ,
la suya al par siguiéndola tendieron
cuantos en torno habia
á la fiera enjaulada.
Ya el monstruo no dormia :
como si la mirada del infante
en la suya inflamara oculto fuego
sus ojos abrió luego :
y en los del niño los clavó anhelante
permaneciendo inmables sus pupilas
cual si ante el niño se sintiera ciego.
Entre ambos atraccion tan misteriosa
llamando al punto la atencion entera
del Conde y de los suyos , en silencio
aguardaban el fin á que vendria
esta atraccion del niño y de la fiera.
Mas á pocos-momentos

de estar el uno sobre el otro fijo
 contemplándose atentos
 ¡ cuánto el asombro universal seria
 oyendo al niño, mudo todavia
 que con sonora voz al monstruo dijo :
*« Levántate , Guarino : harto te abona
 » en el juicio de Dios y tu conciencia
 » tu larga penitencia.
 » Vuelve pues á tu ser : Dios te perdona. »*
 Y el monstruo su prision abandonando
 y su salvaje estupidez perdiendo,
 la antigua humana forma recobrando
 se arrodilló, á los cielos estendiendo
 los brazos penitentes
 la omnipotencia del Señor mostrando
 á la faz de las gentes ;
 y asombrados dejando
 á cuantos hubo en la ocasion presentes
 la estraña metamórfosis mirando.
 Luego á los pies del conde
 postrado humildemente
 herid, señor, decia ;
 la justicia de Dios omnipotente
 quiere sin duda que la culpa mia
 espie á vuestros pies : hollad mi frente.
 Y el buen Conde que apenas comprendia
 lo que decir queria ,
 respetuosamente
 la mano le tendia
 diciendo : levantad , que en quien Dios obra

prodijio semejante ^{esto le sucedió en la}
 cualquiera humillacion será de sobra
 de otro mortal delante.

Mas viendo que obstinado
 permanecia ante sus pies de hinojos
 llanto vertiendo de sus tristes ojos
 mandó que todo el mundo despejara:
 y cuando todos estuvieron fuera
 diálogo en soledad y cara á cara
 se entabló entre los dos de esta manera :

.

Mas lo que dijo al conde el penitente
 relatará el capítulo siguiente.

CAPITULO SÉTIMO.

EL CONDE.—GUARINO.

EL CONDE.

Quien quiera que seais, vos en quien tales prodigios obra omnipotente Dios, alzaos, y este que alcanzar no puedo esplicadme.

GUARINO.

Pues bien, oid, señor.

Teniais una hija hermosa y pura,
 fruto gentil de vuestro casto amor,
 fragante flor que embalsamaba el vaso
 de vuestro amante y noble corazon.
 Un rayo que en la atmósfera nublada
 el infernal espíritu inflamó
 en sus ojos ahogó la luz del día:
 y en nombre del altísimo Hacedor
 con esperanza de milagro facil
 un monje en Monserrate os señaló,
 por cuyas oraciones vuestra hija
 tornó á ver y gozar la luz del sol.
 De fundar un suntuoso monasterio
 con piadosa y rectísima intencion
 del ermitaño á cargo vuestra hija
 en la fragosa soledad quedó.
 ¡Mas ay! en vano en el siguiente día
 buscóla allí vuestro paterno amor,
 ni ella ni el eremita en sitio alguno
 fueron de nadie vistos hasta hoy.

EL CONDE.

¿Mas á qué renovar en mi memoria
 el manantial oculto de dolor,
 que las corrientes hasta entonces puras
 del mar de mi existencia envenenó?

GUARINO.

¡Ay de mí! vuestra historia con la mia

mantiene tan estrecha relacion,
que para hablaros de mí mismo, fuerza
ha sido que os hablara antes de vos.

Aquel santo eremita que los ojos
de Maria á la luz á abrir volvió,
aquel á cuyas fêrvidas plegarias
tan singular prodigio obró el Señor,
en lugar de velar por la ovejuela
que á su cuidado inerme se entregó,
lobo inhumano se tornó contra ella
en su sangre bañándose feroz.

EL CONDE.

¡En su sangre!

GUARINO.

Vertida gota á gota
fue, y el vil asesino he sido yo.

EL CONDE.

¡Miserable de tí! toda la tuya
saciar no puede el vengativo ardor
en que la mia oyéndolo se abrasa.

GUARINO.

Tal vez para saciarla quiso Dios

ponerme en vuestras manos, exigiendo
la venganza de crimen tan atroz.

EL CONDE.

¡Monstruo! ¿qué fue lo que instigarte pudo
á delito tan vil?

GUARINO.

Oid, señor,
y antes de dar mi sangre por la suya
sabed toda mi horrible confesion,
y doble la vergüenza de contárosla
la pena que la culpa mereció.

EL CONDE.

Habla, y abrevia tu relato infando;
y calma para oírte me dé Dios.

GUARINO.

Vos en la soledad de las montañas
me dejásteis vuestra hija: pensé yo
que diez años de duras penitencias
habrian de mi fragil corazon
hecho castillo inespugnable, y ciego
confié de mí mismo en el valor.
La misma santidad de vuestra hija,

su noble y celestial resolucion,
 y el gran milagro que por mí reciente
 obró Dios, me sedujo y me animó.
 Santa, pero muger, joven y hermosa,
 debí de encomendarla al Salvador
 que la guardara bien, y huir en ella
 la infernal escondida tentacion;
 mas yo, necio de mí, con falso orgullo,
 con inútil y estúpido fervor,
 en la fé y la virtud por mantenerla
 mi virtud y mi fé Satán hundió.
 Permanecí junto á la hermosa niña,
 dando á su fé primero admiracion,
 y despues admirando su hermosura
 que alli el infierno por mi mal envió.
 Mi vista que en el trecho de diez años
 en los cielos no mas en la oracion,
 ó en la tierra con llanto penitente
 fervoroso ó humilde se fijó,
 á contemplar su terrenal belleza
 tornóse con impúdica atencion,
 y el fuego de infernal concupiscencia
 dentro de mis entrañas se inflamó.

EL CONDE.

¡Basta, basta! Comprendo el fin horrible
 de esa historia fatal.

GUARINO.

Santo temor,

:

soplo espirante de virtud dos veces
 de la inocente hermosa me apartó,
 y otras dos veces me arrastró hácia ella
 la astucia del demonio tentador ;
 y al vértigo carnal de su apetito
 sucumbiendo mi imbécil corazon
 víctima de mi torpe desvario
 su virginal pureza sucumbió.

EL CONDE.

¡Revelacion horrenda !

GUARINO.

Horrenda, pero
 todavia la culpa fue mayor.

EL CONDE.

¿Has hecho mas aún?

GUARINO.

Cometí el crimen,
 y en cuanto mi maldad le consumó
 sus consecuencias en tropel bullente
 aglomeró en mi mente la razon,
 y Satanás poniéndose á mi lado
 me hizo entender y calcular su horror.

Los otros penitentes solitarios
 que habitaban las peñas como yo
 me trajo á la memoria, y que inocentes
 de mi culpa á ser iban de ella en pos
 solo objetos de escándalo, y del mundo
 á cargar con la injusta execracion.
 «Vé, me dijo el demonio, mira infame
 »á dónde tu maldad te despeñó.
 »Al acusarte esa muger, entera
 »traerá la raza humana en derredor
 »á maldecir la hipócrita malicia
 »que en tu impúdico pecho fermentó.
 »Ese milagro real, que por tus manos
 »piadoso Dios y omnipotente obró
 »á diabólica májia atribuido
 »va con razon á ser. ; Mira el baldon
 »con que cubres, infame, estos desiertos,
 »santuarios otro tiempo del Señor.
 »Esconde de los ojos de los hombres
 »ejemplo de tan vil profanacion,
 »al menos porque en todos no recaiga
 »la pena que uno solo mereció:
 »ó al renegar de sus ministros viles
 »renegará su santa religion.
 »Cubra al menos tu crimen el misterio,
 »engaña al universo por tu honor;
 »no escuses otro crimen si te salva
 »y haz penitencia luego por los dos.»
 Esto el infierno me inspiraba, y esto
 que yo escuchaba de su falsa voz,

de una falsa vergüenza en mi conciencia
 hizo brotar el humo embriagador.
 Un pensamiento atroz, pero seguro
 á mi mente febril se presentó;
 y por sino fatal yendo arrastrado
 á ponerlo en sangrienta ejecucion
 privé de la existencia á la inocente
 á quien privé primero del honor.

EL CONDE.

¡Bárbaro!

GUARINO.

Y en las rocas enterrándola
 huí de Monserrate cuando el sol
 sumiendo en el Occéano sus rayos
 el velo á las tinieblas desplegó.

EL CONDE.

En vano te busqué por las montañas.
 Mas hoy...

GUARINO.

Fui de mí mismo con horror
 á la sagrada capital del mundo
 mendigando mí pan; cruzé veloz

rios y montes, y llegando á Roma
del rebaño de Cristo ante el pastor
postrado, de mis crímenes nefandos
hice entera y contrita confesion.

El pontífice santo del Eterno
en la tierra vicario, mi dolor
y mi arrepentimiento contemplando
con estas condiciones me absolvió.

«Vuelve (me dijo) á Monserrate; pero
»vuelve á morar en su áspero fragor
»cual bestia, no cual hombre: dobla al suelo
»tu frente como bruto; y posicion
»manteniendo de tal, de cuatro remos
»sírvele para andar en vez de dos.
»Y en penitente soledad tu vida
»pasa en el monte en tal degradacion,
»hasta que un tierno infante de seis meses
»de ello te absuelva en nombre del Señor.»

Yo obediente al pontífice supremo
me volvi como bruto á mi mansion
de Monserrate: de velludas lanas
mi macilento cuerpo se cubrió,
y destruida en mí la humana forma
cual monstruo me trajeron ante vos:
ante quien el milagro prometido
para fin de mi pena, se cumplió.—

Ahora señor, pues aplaqué á los cielos,
que escarmienten en mí será razon
los hombres, y en la tierra á su justicia
aplaque, quien su ley atropelló.

Postró el penitente humilde
su venerable cabeza
hasta el suelo, en que sus plantas
el Conde ofendido asienta,
y así en silencio quedaron
uno en pie y otro por tierra;
uno al castigo ofreciéndose
y otro apreciando la oferta.
Pero al cabo el noble Conde,
pesando allá en su conciencia
la justicia de su causa,
la inmensidad de la pena,
la razon de su venganza
y la prez de su nobleza,
rompió el silencio diciendo
con voz conmovida y trémula:
«Alzad, Guarín, que no es justo
que se muestre mas severa
que la justicia del cielo
la justicia de la tierra.
Mi honra habeis ultrajado,
allí dó con mas pureza
se anidaba; con mi sangre
habeis regado las peñas

de Monserrate, mas de ambas
la mancha injuriosa y fea
lavado habeis con las lágrimas
de cristiana penitencia.

Yo os perdono como el cielo;
volveos á las desiertas
montañas, y vida triste
pasad penitente en ellas.

Mas quiero una sola cosa
rogaros, única prueba
que exijo de vos, Guarino,
del perdon en recompensa.

Mostradme el oculto sitio
de aquellas fragosas sierras
en donde yacen los restos
que de mi Maria quedan.

Los que de mi estirpe nacen
su tumba tienen dispuesta
en mas suntuoso lugar
que el que sus restos encierra.

—Vuestros criados, señor,
mandad que conmigo vengan
que en el lugar en que yacen
tengo cavada una cueva
donde cual fiera he vivido
lamentando mi fiereza.

Sobre el cespéd que la cubre
brotó, y entre él se conserva
de los tiempos respetada
una silvestre azucena,

símbolo de su desdicha
y pendon de su inocencia ,
por los cielos levantado ,
mantenido en nombre de ella.
—Yo mismo iré allí á llorarla.
—Señor, pues que pronto sea.
—Partamos al punto.

—Vamos.

Y antes que una aurora nueva
vuelva á alumbrar el oriente
saldreis con tan santa empresa.»

CAPITULO OCTAVO.

LA AZUCENA SILVESTRE.

Cual marinero errante, que perdido
su sobervio bajel, contra las olas
lucha, á los restos del bajel asido
cercana viendo la ribera ya ;
cual golondrina errante que los mares
cruza estraviada, y la cansada pluma
agita conociendo los lugares
donde á anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío
 sedienta vaga por el bosque espeso,
 y el agua oyendo del cercano río
 hácia él se lanza cuando el agua ve:
 así impaciente el padre de Maria
 en las alas de una última esperanza
 partir á Monserrate apetecía
 con paternal y religiosa fé.

«De entre las yermas rocas se levante
 su despojo mortal! y en sitio digno
 salmos la iglesia á su memoria cante,
 y ore por su alma al compasivo Dios.
 Bajo las anchas bóvedas del templo
 sus funerales místicos resuenen,
 y las campanas su recinto atruenen
 y álcese al cielo mi oracion en pós.»

Así decia el piadoso Conde
 • transido de dolor,
 con tamaños intentos emprendiendo
 su peregrinacion.

Y del florido abril una mañana
 al despuntar el sol
 con Guarino y escasa comitiva
 de la ciudad salió.

Unos pocos ginetes enlutados
seguíanle en monton,
y unos cuantos obreros que la tierra
á cavar destinó.

Un monje, que al hallar el cuerpo, su alma
encomendara á Dios,
iba al par en silencio en medio de ellos
envuelto en su ropon.

La multitud encima de los muros
en silencio á mirarlos se agolpó,
rogando ansiosos por el triste padre
y por su hija al Señor.

Asi de Monserrate enderezaron
al áspero fragor,
y en la distancia del camino largo
la triste comitiva se sumió.

Un punto aun desde los altos muros
como leve vapor,
el polvo de sus pies se percibia
pero tambien al fin se disipó.

A Monserrate van. ¿Pero quién sabe
 lo que les guarda en su honda soledad
 el que posée del corazon la llave,
 el que puede medir la eternidad?
 Sí: Dios es Dios; y Dios tan solo puede
 romper el velo á la futura edad;
 solo á sus ojos el destino cede;
 Dios es la luz, la fuerza y la verdad.



Rayaba en el oriente
 la claridad temprana
 del alba trasparente
 de la fresca mañana
 del dia á aquel siguiente,
 cuando el Conde á la falda de las rocas
 de Monserrat llegaba con su gente.
 El penitente Juan sus pasos guia
 humillado al recuerdo vergonzoso
 del delito que alli cometió un dia,
 y como iban subiendo
 al conde el monje se acercó diciendo:
 Señor, desde este cerro, que testigo
 fue en dia mas dichoso

de la piedad de Dios para conmigo
 de mi crimen despues y mi castigo,
 solos ambos quisiera
 que subiendo siguiéramos
 y solos cabo á nuestra empresa diéramos.

Entre estas cavidades
 penitente primero y luego fiera,
 escándalo de aquestas soledades
 largos años vivi, y la edad futura
 pluguiérame que nunca conociera
 el sitio de mi horrenda desventura.

Resto de orgullo humano,
 que el mortal corazon mísero encierra
 sea tal vez, mas me dará tormento
 saber que se hace público en la tierra
 mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.
 Temo la tentacion del diablo astuto
 y sé por esperiencia
 el trecho que marcó la omnipotencia
 del racional al bruto.

Wifredo su caballo deteniendo
 y al monje con respeto contemplando,
 asi le dijo con acento blando:
 Sea como querais; vos que ante el trono
 de Dios sois perdonado,
 no habeis de ser por mí mas castigado,
 ni pasará de aqui con vos mi encono.
 Secreto es vuestra historia
 que de mi labio no saldrá, escondida
 viviendo eternamente en mi memoria.

Diré que el cielo de mi triste vida
 tal vez compadecido,
 á mí os ha conducido
 para templar del alma la amargura,
 el lugar escondido
 mostrándome en que está su sepultura.
 Pues si por vuestro crimen inaudito
 debiérais ser de mi venganza objeto,
 por la mano de Dios estais bendito
 y lo sois para mí de honra y respeto.
 Guiad y solós vamos,
 solos su sepultura cavaremos,
 y si algo de sus restos encontramos
 hasta aquí á conducirlos bastaremos.»
 Y así diciendo el Conde y al instante
 mandando detener allí la gente,
 solo siguió adelante
 en pos del milagroso penitente,
 á los ojos de todos se perdieron.
 Sereno estaba el día;
 el sol que por los cielos avanzaba
 con purpurada luz resplandecía
 y la tierra en sus luces se bañaba
 y todo por la tierra sonreía.
 El tomillo oloroso,
 la madreselva espesa,
 la ancha amapola en su capullo aun presa,
 el silvestre jacinto
 que á la margen sonora
 crece del arroyuelo

y en su fresco color apenas tinto,
 el áspero majuelo,
 la todavía verde zarzamora
 y el enredado endrino,
 compañero del boj y del espino,
 el retorcido enebro y la retama
 que en medio crecen de la amarga grama,
 aromaban los valles silenciosos,
 y prestaban colores y verdura
 á los lomos fragosos
 de aquellos montes, cuyas hondas grietas
 en las piedras escuetas
 labra el agua que cae desde la altura.
 La tierra por do quier juvenecida
 por el sol fecundada,
 de nueva y creadora primavera
 se tornaba á mostrar con nueva vida
 y con nuevo vigor robustecida,
 con verdura mayor engalanada.
 Nueva generacion de mariposas
 y de varios insectos zumbadores
 ensayaban su vuelo en las hojosas
 matas espesas de silvestres flores.
 Los blancos conejuelos,
 los alegres y libres cervatillos,
 de su fuerza primera
 iban ya haciendo alarde en la carrera;
 triscando entre las zarzas y majuelos,
 despuntando la grama y los tomillos
 y horadando las faldas arenosas

de los secos y blandos montecillos,
 al instinto cediendo que se encierra
 en su naturaleza montesina
 de socavar la tierra.—
En la enramada verde
 que á una fuente vecina
 que entre las peñas al brotar se pierde
 toma jugo en la linfa cristalina,
 la nueva cria de ligeras aves
 silba, gorgea y trina;
 y el rónico cuervo, que con vuelo lento
 se cierne mansamente sobre el viento,
 grazna con notas ásperas y graves
 la estacion de las flores
 presintiendo contento.
Naturaleza entera
 brillante resplandece
 ufana por do quiera
 anunciando la hermosa primavera.
Y todo en ella juventud y vida
 todo en ella armonía, luz y aroma
 solo al placer convida.
Y desde la ancha y verde y fresca loma
 donde está detenida
 la comitiva de Wifredo entera,
 por la vega estendida
 y escarpada montaña
 goza la perspectiva placentera
 que desde allí se alcanza embebecida.
En tanto su señor vá lentamente

por las peñas trepando
 detras del silencioso penitente,
 que por la soledad le vá guiando,
 el sitio en que pecó triste buscándolo.
 La luz y la alegría
 de la naturaleza
 de ambos se aviene mal con la tristeza
 y la razon que allí les conducia;
 y sumido en sus propios pensamientos
 marchaba cada cual á pasos lentos.
 Sube el monge la diestra asegurada
 en nudoso baston con que se ayuda,
 y cruza el Conde la hojarasca ruda
 báculo haciendo de su larga espada.
 Así por senda que tortuosa lleva
 de un aislado peñasco hasta la cima,
 llegaron al lugar en que su cueva
 labró Guarino, y cuyo centro estima
 en mas que los palacios colosales
 que labraron del mundo los señores,
 y que vienen á ser tan solamente
 los nichos y las cifras sepulcrales
 que sus nombres mortales
 guardan un dia mas entre la gente.
 Entre los huecos cascos
 de los hendidos lomos
 de dos duros peñascos
 que las lluvias hendieron
 de intencion de minarles con asomos
 una grieta se abria,

que caverna de fieras parecía.
 Un pico del peñon algo avanzado
 sobre su ancha abertura,
 del viento y de la lluvia resguardado
 un trozo de terreno mantenía,
 que de tupido césped alfombrado
 de la gruta á la entrada se veía.
 Y de la estéril roca
 por estrecha hendidura
 bajaba de la cueva hasta la boca
 un rico manantial de agua tan pura,
 que á través de sus líquidos cristales
 de la piedra en que cáuce se formaba
 se contaban las vetas transversales,
 que el paso de la linfa había ido
 puliendo en su caída, de manera
 que en vez de piedra tosca se dijera
 que en la concha mejor se había bruñado.
 La sonora corriente
 de esta escondida fuente
 hallando entre los céspedes descanso
 en el llano terreno
 que estaba de ellos lleno,
 formó entre aquellas yerbas un remanso;
 y entre ellas á su curso abriendo calle,
 dejando aquel lugar verde y fecundo
 iba á perderse en la mitad de un valle
 de los montes formado en el profundo.
 De este remanso el centro
 formaba un montecillo

por el agua cercado
 seco, verde y aislado
 por aquel manantial fecundizado,
 que de las altas rocas guarnecido
 cubierto por el pico adelantado
 sobre la cueva oscura,
 por la fuente regado
 y en la pendiente rauda concluido,
 era un bello paisaje en miniatura.
 Y de aquel montecillo en el altura
 cubierta de verdura,
 fresca, olorosa, amena,
 brotaba una purísima azucena,
 la cual aunque era flor sola y silvestre,
 mas que en jardin cuidado
 brillaba hermosa en su rincon campestre
 que estaba con su aroma perfumado.
 Sus blancas hojas á la luz tendidas,
 su simiente encerrada en los martillos
 que de su centro se alzan amarillos,
 su tallo verde, fresco, alto, flexible,
 mecido por el aura que perdida
 á aquel rincon llegaba imperceptible
 dándola oculto movimiento y vida,
 hacian de la cándida azucena
 un animado ser, solo habitante
 solo genio y señor de aquella escena.

Al llegar de la gruta ante la boca,
 en que aquella hendidura
 escondida en la roca

guardaba de este sitio la hermosura,
 y do la entrada de la cueva toca
 postróse de rodillas Juan Guarino;
 y absorto el noble Conde
 viendo el primor que esconde
 aquel sitio desierto y campesino,
 se detuvo un momento
 embebido en gozar el suave aroma
 de la flor de aquel grato apartamiento.
 «Hé aquí (esclamó Guarino derramando
 lagrimas) el lugar en que escondido
 mi delito lloré, sobre la tierra
 do fué mi doble crimen cometido.
 Hé aquí, señor, la tumba en que reposa
 la hija de que os privé: bajo la altura
 de ese monton de tierra y de verdura
 duermen los restos de la mas hermosa
 é inocente criatura:
 y esa blanca azucena
 tal vez del jugo de su sangre pura
 el jugo bebe que su caliz llena.
 Cuando en fiera tornado, á esta montaña
 me volví desde Roma peregrino
 á cumplir penitente mi destino,
 habia aquí brotado
 el manantial bullente y cristalino
 que tenia cercado
 el lugar á su tumba señalado.
 La azucena sobre él ya abierta estaba,
 y cual lugar sagrado

que el Señor me vedaba, y en su amor
 por mí en mi penitencia respetado
 fué, y con mi llanto de dolor regado.
 Yo he visto en esa flor siempre inmarcита,
 una futura prenda de esperanza
 por el cielo bendita:

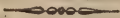
y en esa flor á quien jamás alcanza
 el fin que á todas dió naturaleza,
 de la muger á mi maldad rendida
 el símbolo miré de la pureza,
 atropellada sí, mas no perdida.
 Unico amor del triste solitario,
 su única compañía en el desierto,
 única luz del tenebroso osario
 del mundo para el cual vivía muerto,
 único paso á mi esperanza abierto
 mi corazon en ella ha concentrado
 cuanta fé y cuanto amor ha conservado.

Unica prenda que me liga al mundo,
 solo recuerdo de la edad pasada
 tras del amor á Dios es el segundo
 en mi alma con mis lágrimas lavada
 el amor á esa flor inmaculada.

Yo creo ver en ella
 vivir á la hija que llorais, yo creo
 que su alma pura y bella
 vive dentro del caliz conservada;
 y entre sus hojas su semblante veo;
 y oigo sonar su voz cuando se mece
 entre sus blancas hojas,

y si el tiempo á mis ojos la agostara,
 tanto cuanto lloré por el pecado
 que dentro de esa tumba la encerrára,
 sobre el tallo truncado
 de esa azucena mística llorára.

Y así diciendo, el infeliz Guarino
 por tierra prosternado
 de aquel último bien se despedía
 tanto tiempo por él idolatrado,
 la sepultura en que raiz tenia
 á destruir él mismo preparado.
 Y el Conde embebecido
 en lo que al labio de Guarino oía,
 en pié junto á él seguía
 inmoble, silencioso y distraído.



Wifredo de repente
 de esta meditacion saliendo, dijo
 con decidida voz al penitente:
 «No perdamos, hermano,
 el tiempo neciamente;
 esa tumba cavemos
 y apartemos de aquí su resto humano.»
 Y obediente Guarino,
 resignado con calma á su destino,
 con la azada en la mano
 resuelto se llegó á la verde altura

do la hermosa azucena
 marcaba la campestre sepultura.
 Y Wifredo á su vez, la aguda pena
 del corazon paterno
 desahogando en dos lágrimas espesas,
 gotas que lanza al manantial interno
 que inestinguible en sus entrañas mana,
 de otro azadon asiendo se dispuso
 lo que resta á buscar de lo que un dia
 fué de sus ojos luz, fué su Maria.
 Con el secreto intento
 de que aquella azucena perfumada
 quedara, á ser posible, respetada
 en el lugar en donde tiene asiento,
 por el opuesto lado comenzaron
 del fúnebre monton do está arraigada;
 mas apenas hundieron
 en tierra el azadon, de ver echaron
 que el verde montecillo que creyeron
 tierra compacta y dura,
 blanda y recientemente removida
 estaba, y seca y leve mantenida
 entre el agua, y debajo la verdura
 que la tienen cubierta y circuida:
 y cuanto con mas tiento la tocaban,
 mas facilmente por entrambos lados
 sus golpes á la par desmoronaban,
 la tierra, y los arbustos que arraigados
 en ella vejetaban.
 Lejos de sí los instrumentos rudos

arrojaron, y á impulso de un instinto tan igual, hundieron en la blanda tierra, y á apartarla empezaron cuidadosos con sus dedos desnudos. Pronto dieron sus manos con un oculto objeto de la tierra distinto: mas suave al tacto, con calor, con vida, no era el objeto oculto el esqueleto de enterrada muger, á quien los años y la tierra tendrían consumida. El secreto terror y afán interno heló la voz en su garganta, y ambos apartando en silencio el polvo leve descubrieron, y entrambos asombrados, dos pies, que como el ampo de la nieve mantenía la tierra conservados. Un ligero color rosado y puro, bajo su piel se percibía apenas, y á través de la piel el trazo oscuro se vía de sus venas, cual si la vida aun de sangre líquida las mantuviera llenas. De aquellos pies purísimos la planta verticalmente inmóvil, que siempre en los cadáveres espanta, lejos de dar horror, á la mirada solamente esponía la perfección, pureza y hermosura de una obra de escultura.

diestramente pulida y acabada. El grato anhelo, la interior zozobra que ambos á dos sintieron, seguir les hizo la empezada obra; y apartando los céspedes y tierra, en silencio siguieron hasta que el tronco entero descubrieron, que envuelto en sus vestidos apenas por el agua humedecidos, y apenas arrugados por la tierra en que estaban enterrados envolvian el cuerpo de Maria, que dormida y no muerta parecia. Escondida no mas de su belleza quedaba la bellísima cabeza y la garganta blanca, donde una herida fresca se descubria desde la cual arranca la raiz de la cándida azucena, que sobre el sitio en que descansa brota: y que fuerza será cuando el semblante descubran, que la flor se arranque rota. Comprendiéndolo al par ambos, há un tiempo las manos detuvieron y arrasados en lágrimas los ojos, ante aquellos para ambos sagrados y bellísimos despojos gran trecho sin acción se mantuvieron. Mas el Conde por fin, de irresistible voluntad impelido,

con un postrer esfuerzo despejando
 el rostro aun escondido.
 de su Maria hermosa,
 vió de la virgen la figura entera
 cuyo labio animaba
 dulcísima sonrisa placentera:
 cuya tez inmachita coloraba
 animado color de nieve y rosa,
 y en cuyos ténues párpados cerrados
 transparente se via
 la pura luz que á su través lucia
 en sus ojos aun iluminados
 con la lumbré vital que dentro ardía.
 Mas en tanto la flor fragante y pura
 que sobre ella crecía,
 y de la muerta virgen en el cuello
 sus raíces asía
 por el suelo truncada
 por entre el césped húmedo yacia
 roto su tallo pero no manchada.
 Tendió el Conde sus manos
 á la prenda de su alma idolatrada,
 y á la caída flor el penitente,
 cuando esta de repente
 por invisible mano arrebatada
 se perdió en el azul del manso ambiente,
 y la pura region del vago viento
 armonizó una música divina
 que venia del alto firmamento
 detras brotando de su azul cortina.

El celestial compás de aquella santa
 misteriosa armonia, llamó al cielo
 la atencion de Wifredo y de Guarino;
 y al ver el cuadro májico y divino
 que les mostró su descornado velo
 se borró de Maria en la garganta
 la señal de su herida;
 y á ver la aparicion en luz radiante
 que en medio de los aires suspendida
 de su vista mortal está delante,
 tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,
 de las estrellas fulgidas vestida,
 de la luna calzada,
 y de ángeles en hombros conducida,
 la Madre del cordero inmaculada
 sonreia á los tres, que arrodillados
 y absortos contemplaban
 la divina vision embelesados.
 La Purísima Madre del Dios niño
 en sus manos mas blancas que el armiño
 la azucena silvestre mantenía,
 y con celeste acento
 que empapó la montaña en armonia
 de son mas apacible, grato y lento
 que el murmullo del bosque, el mar y el viento,
 con sonrisa hechicera
 dijo, vuelta á los tres de esta manera:
 «Donde no hay voluntad tampoco crimen;

»dilesa pues la virginal pureza
 »Maria conservó, y en la aspereza
 »de los montes siete años penitentes
 »de otro castigo al matador redimen-
 »en los juicios de Dios omnipotentes.
 »En medio de estas peñas se levante
 »sombrio monasterio,
 »que del Señor las maravillas cante:
 »otra vez á arraigar esa azucena
 »vuelva en las rocas de perfume llena,
 »prenda y señal de celestial misterio.
 »Y cuando en el sepulcro preparado
 »vuestro despojo corporal se suma,
 »sobre el sepulcro de los tres cerrado
 »la azucena silvestre se consuma.»

Espiró de la virgen el acento,
 y cesando la célica armonia
 la mística vision deshizo el viento.
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella
 cayeron bendiciendo su destino,
 el noble Conde, la feliz doncella,
 y el santo penitente Juan Guarino.

FIN.

